

Mi amigo Iván

Se llama Iván, pero no es ruso ni búlgaro, sino puertorriqueño. Hace años se estableció en Nueva York, solo, por lo que puedo conjeturar, y muy joven. Sirvió antes en el ejército norteamericano como paracaidista, y por un tiempo estuvo con su unidad en Alemania. Retornó después a la metrópoli y trabajó en una y otra cosa. Hoy es carpintero y le va muy bien, a lo que parece. Mas no desea quedarse en ese oficio, sino escribir relatos y novelas. Y ser alguna vez escritor a dedicación exclusiva.

Lo conocí en casa de un amigo neoyorquino, un día en que solucionaba ciertos problemas de anaqueles. Supo que yo era peruano y me observó con curiosidad y simpatía. “Me llamo Iván, y soy puertorriqueño”, me dijo con orgullo. Y como el dueño de casa tenía que salir por asuntos de trabajo, nos quedamos conversando mientras daba fin a su tarea. Me hizo muchas preguntas, y me confesó que su intención no era la de seguir como artesano toda su vida, pues tenía otra vocación, que era la de la creación literaria. Y como se enteró de que yo también escribía, redobló sus preguntas. Y hubiera continuado con la plática, pero le dije que yo estaba por muy poco tiempo en la ciudad, que deseaba visitar algunos lugares que no conocía y, entre ellos, el llamado Centro Mundial de Comercio. Se le iluminó el rostro y me dijo: “¡Te acompaño, pues yo conozco muy bien ese sitio!”.

Salimos, pues, y cuando llegamos a las torres de ese espectacular conjunto arquitectónico no subimos al mirador por la vía

ordinaria de los turistas, sino por un ascensor mucho más rápido, reservado y, además, gratis. Sí, pues Iván había trabajado, hacía un par de años, en la cafetería de uno de los dos edificios, y conocía muy bien los secretos del coloso. No le arredró el peligro que corríamos si nos sorprendían los guardias. Y así, con alarmada sorpresa de mi parte, aparecimos nada menos que en la cocina de aquel lujoso establecimiento, en la cima del rascacielos. Y como Iván es simpático y comunicativo, fue acogido por todos —cocineros, mozos, empleados— con mucho calor y alboroto. No dejó de presentarme como *a peruvian writer* y amigo. Esa gente me estrechó la mano sonriendo, y algunos me dijeron: *Nice to meet you...!* Y no sólo eso, sino que nos convidaron un gran par de emparedados para acompañar la contemplación del fabuloso panorama que desde allí se domina.

Acabada la visita, y después de otras y no menos efusivas expresiones de despedida, Iván continuó hablándome. Me describió con vivacidad sus primeros años en los Estados Unidos. Se refirió a la impresión que le producía la forma en que vivían y viven cientos de miles de paisanos suyos. Su reacción inicial, según me contó, fue de retraimiento, mas pronto reparó en la esterilidad de quedar encerrado en este sentimiento, y menos en el gueto y en el *welfare*. Decidió que no debía contentarse con el inglés pobre e híbrido de los isleños, sino aprenderlo de veras. Y lo ha logrado, y muy bien. Resolvió, asimismo, abandonar las ocupaciones precarias y adquirir un oficio. Se empleó, pues, con un carpintero, sin desanimarse por el bajo salario ni por las duras condiciones de labor. Cuando aprendió lo suficiente, se lanzó a la aventura de trabajar por su cuenta. Y como es inteligente, cumplido y simpático, tiene ya una cierta clientela.

Su objetivo, sin embargo, no es hacer dinero. No le obsesiona la asimilación, ni se atiene tampoco a una problemática puramente material o personal. Quiere cultivarse y ser escritor, como dije, pero en español, y dar testimonio de la situación de sus compatriotas y de la riqueza cultural de Puerto Rico. Y ello no necesariamente, según he podido inferir, con miras a un separatismo a ultranza, inviable por lo demás, sino a una asociación limitada y

mutuamente respetuosa —algo muy difícil, claro está, tratándose de una superpotencia— con los Estados Unidos.

Mientras tanto, y como etapa sustancial de ese proyecto de vida, Iván lee mucho y perfecciona el manejo de su lengua nativa. Y trabaja y observa, y amplía su visión de la sociedad norteamericana y de la posición que ocupan en ella las minorías. No pierde ocasión, además, de dialogar con autores de los demás países latinoamericanos. Y se ratifica en su orgullosa voluntad de trabajar por el rescate y preservación de esa identidad a la que tanto amor profesa. Y de hacerlo, además, con alegría.